

fácil la cabeza del adversario: *Die Hælse brechen nicht also.*

*Zwinglio.* Mas yo he leído en vuestros escritos que Cristo ha dicho: *Caro non prodest*, y Melanchthon que el cuerpo, *corporaliter* comido, es una falsa locucion.

*Lutero.* ¡Tú te agarras bien á lo que yo he dicho y Melanchthon! La palabra del hombre nunca puede compararse á la palabra de Dios. Si San Pedro resucitase y viniese aqui entre nosotros, no creas que yo le preguntaria mas que lo que *creia*; la fe es la palabra de Dios, que santifica al hombre, y no tanto la vida pura. En una palabra, el sacerdote mas impío puede operar la santificacion.

*Zwinglio.* Eso es un absurdo; el impío no puede hacer cosa buena.

*Lutero.* Es decir, ¿que un malvado no podrá bautizar?

(Ecolampadio se interpuso para que la cuestion volviese á sus primeros términos.)

—Haceis mucho ruido; que no nos entendemos, y os servís de una sinecdoque contra el sentido católico.

*Lutero.* Si, hay sinecdoque; es la espada en la vaina: el cuerpo es al pan como la espada á la vaina; es una exigencia del testo; no tiene nada de metáfora: *La esencia del cuerpo no consiste solo en la figura* (1).

(Zwinglio pasó á citar á Fulgencio, Agustin, Lactancio, y á un gran número de autoridades católicas que sostienen no puede existir el cuerpo sino en un lugar, y no en muchas partes diferentes.)

—*Ergo* Cristo, que está sentado á la derecha del Padre, no puede estar en el Sacramento del altar.

*Lutero.* Bello argumento matemático: ¡divisibilidad, estension! Aqui no se trata de lo que toca á los sentidos.

*Zwinglio.* *ως η μορφή Θεού υπαρχει.* (Philip., 2.)

(1) Le corps n'est pas pour la figure du corps.

*Lutero.* Leed en latin ó en aleman, y no en griego.

*Zwinglio.* Dispensadme; hace doce años que no hago uso mas que de la version griega. He dicho: «Cristo murió para que nosotros muriésemos.»

*Lutero.* *Concedo.* Ejemplo: la nuez y la concha: lo mismo puede decirse del cuerpo de Jesucristo. Dios puede hacer que sea y no sea *in loco.*

*Zwinglio.* Mas si me concedes que el cuerpo de Jesucristo murió, *ergo* local: si es local, está en el cielo, y no en el pan. Lo repito: el cuerpo de Jesucristo murió, *ergo in loco.*

*Lutero.* *Non est in loco.* Cuando está en el Sacramento, puede estar en el lugar y fuera del lugar. Ejemplo: El mundo, que es un cuerpo, no existe *in loco.* Por lo demas, que Dios explique este misterio; yo no debo meterme en mas.

*Zwinglio.* Haceis un círculo vicioso: es lo mismo que si sostuviéseis que Juan era hijo de Maria, porque Jesus desde la Cruz la dijo: «Mujer, mira á tu Hijo.»

*Lutero.* Un artículo de fe no se prueba como un axioma de matemáticas.

*Zwinglio.* En fin, dad una respuesta precisa. El cuerpo, ¿es ó no es *in loco*?

*Brenz.* El cuerpo es *sine loco.*

*Zwinglio* y *Ecolampadio* (alzando la voz). San Agustin ha escrito *in uno loco esse oportet.*

*Lutero.* San Agustin no habla de la Cena; mas, en fin, ¿cuándo convendreis en que Cristo no está en el Sacramento *tanquam in loco*?

*Ecolampadio* (sonriéndose). *Ergo* no existe corporalmente en su mismo verdadero cuerpo.

En este momento empezó la cuestion á mudar de aspecto. Zwinglio y Ecolampadio recitaron una muchedumbre de textos de los Padres de la Iglesia, que confirmaban, segun ellos, su doctrina, y Melanchthon y Lutero á cada testo humano oponian otro del mismo autor. La cues-

tion se enredaba, y Lutero amenazaba con su voz á sus adversarios. El landgrave pidió una conclusion.

—En presencia de Dios, dijeron Ecolampadio y Zwinglio, el Cristo no está mas que en espíritu en la Cena.

—En carne, en verdadera carne, dijeron Melancthon y Lutero.

—¿Al menos, dijo Zwinglio, juntando sus manos, no rehusareis de tenernos por vuestros hermanos? Queremos morir en la comunión de Wittemberg.

—No, no, replicó Lutero; maldita sea esta alianza, que pone en peligro la causa de Dios y de sus almas. ¡Fuera! Estais poseidos de otro espíritu que nosotros; mas tened cuidado, porque antes de tres años la ira de Dios descenderá sobre vosotros.

Terrible profecía, dicen los luteranos, que se cumplió á la letra, «porque Zwinglio murió miserablemente sobre el campo de batalla de Cappel, donde su cuerpo quedó expuesto á las sacrilegas profanaciones de la soldadesca católica, y Ecolampadio en su lecho, ahogado por el demonio, su digno maestro, que le habia enseñado é inspirado su interpretacion de la Cena.»

—¡Miserable, decia Zwinglio hablando de Lutero, en quien la envidia causó el cisma de los sacramentarios! El diablo nos tienta por medio de estos hombres obstinados, los cuales, pesarosos de ver descubierta la verdad de la Cena del Señor por otros que por ellos, como locos furiosos no dejan de gritar mas fuerte que los papistas.

Antes de separarse los teólogos, el landgrave quiso darles un banquete de despedida. Se habia redactado un formulario, que las dos iglesias firmaron: todos protestaron el mas vivo amor de los unos á los otros, bien que no hubiesen podido avenirse sobre la presencia de Jesucristo en la Eucaristia.

Zwinglio volvió á Zurich, y Lutero á Wittemberg, y en-

tre una y otra ciudad medió por mucho tiempo un cambio continuo de maldiciones y anatemas.

«¡Malhadado y perverso Zwinglio! se oia gritar en Wittemberg: ¿quieres tú perder el cristianismo con tu nueva interpretacion? ¡No escuchéis á esos demonios de sacramentarios; huides como á Satanás! Zwinglio, tú eres un falso profeta, un pillo de playa, un puerco hereje.»

Zurich respondia por el órgano de Campanus: «Así como Dios es Dios, así es cierto que Lutero es un diablo.»

Zurich y Wittemberg cantaban á la vez la gloria de sus apóstoles.

«Mirad, decia Zurich (1): ahora no es como la otra vez en Leipzig, donde el sajón no tenia mas rivales que los papistas. En Marburgo se batia con un siervo de Dios, un hombre que estaba poseído y lleno de su espíritu; así es que las tinieblas no pudieron sufrir la presencia de la luz: maravillosa inteligencia, que tuvo miedo al griego y no supo distinguir un tropo, y que confundió la nada con el todo, la sombra con el cuerpo.»

Wittemberg respondia por medio de un verdadero manifiesto:

«Dicen ellos que me han vencido; yo digo que mienten, como de costumbre; raza de hipócritas y de impostores! ¿No han anulado en el coloquio todo lo que enseñaban sobre el bautismo, el uso de los sacramentos, el poder de la palabra, y tantas otras doctrinas pestilentes? Yo no tuve inconveniente de retractarme. Provocados, impelidos, abrumados, no quisieron confesar su error sobre la Eucaristia; porque gritaba el populacho del canton que á todos, á todos, harian experimentar su ira. ¿Qué fue lo que me opusieron? Zwinglio no hacia mas que remachar el mismo clavo: «Un cuerpo no puede existir sin espacio y sin figura.» Y qué; ¿la filosofía nos enseña que el cielo es na-

(1) Prósopopeya de gran mérito literario. (N. del T.)

turalmente sin espacio? No hubo nadie que me respondiese una palabra. Y Ecolampadio con sus padres, que llaman signo al cuerpo, *ergo* no es cuerpo. Hubieran ellos querido que nosotros les hubiésemos dado el nombre de hermanos. Zwinglio, con los ojos bañados en lágrimas, llamando en su testimonio al landgrave, aseguró que no había en el mundo hombres entre quienes él apeteciese vivir como entre los wittenbergenses; yo, por el contrario, jamás he querido darles el nombre de hermanos. — ¡Fuera! ¡Vosotros estais poseidos de un espíritu que no es el nuestro! — Estaban furiosos; se hacían los pequeños y los modestos; hipócritas que querían hacer de nosotros los profesores y patronos de la herejía. ¡Oh astucia de Satanás! Mas el Cristo nos cubre con su capa. Yo no me admiro de que mientan de un modo tan impudente; la mentira es su elemento; mas la mentira los cubre de infamia.»

¡Qué grande enseñanza nos presta la Reforma en el coloquio de Marburgo! ¡Ella había dicho que no podía llegarse á la verdad sino por la Biblia, y que no teníamos otro tribunal mas infalible que la palabra de Dios! En nuestros dias, veamos qué consejos da ella al hombre por el órgano de M. Cheneviere: «Sondead las Escrituras; examinad, reflexionad, juzgad vosotros mismos; no os dejéis imponer por autoridad alguna, ni por los Padres, ni por los Concilios, ni por vuestros abuelos, ni por los reformadores mismos, imperfectos como vosotros, falibles como vosotros, ni por las confesiones de fe, ni por los sínodos.»

Y ¿para qué estos consejos? Para venir á parar á este doble manifiesto: de Lutero, que el diablo es autor de la exégesis de Carlostadio; de Ecolampadio, que el diablo ha sugerido á Lutero la presencia real.

M. Cheneviere no es mas que el eco del sajón. En 1517, cuando Martin afirmaba sus tesis en la iglesia del castillo; en 1518 en su entrevista con Cayetano; en el mismo 1518 en Leipzig en presencia del Dr. Eck; en 1521 en Worms

delante del Emperador, esta fue la terrible palabra, la Escritura que el monje montaba todos los dias sobre la muralla, escrita con el dedo de Dios, como la sentencia de Baltasar; esta palabra escrita en una lengua ininteligible y que queria que cada uno leyese, y cuyo sentido revelaria el espíritu de Dios; esa palabra que, exaltando todo cuanto en el corazón del hombre hay de mas miserable, ha arrebatado para siempre el reposo de la Alemania. ¡Y bien! El dia en que hubo duelo, no entre un protestante y un papista, sino entre Lutero y Zwinglio, dos hermanos alimentados con una misma leche y que crecieron bajo un mismo cielo, la Reforma no acude ya al testimonio de la palabra de Dios; se ha hecho monja, y para explicar un versículo del Apóstol no apela al rayo que desciende del cielo al alma del que lee con fe, sino á la autoridad de los Padres. ¡Qué, Zwinglio, los Padres! ¡Vos, que en vuestra esposición de la fe cristiana deciais que «si pendiese de vos preferirais ser un Séneca ó un Sócrates á lo que son los Papas de Roma, los Padres, los Emperadores y los Príncipes papistas; porque si bien estos étnicos no creyeron en Jesús, fueron mas santos y religiosos que todos los jacobinos y cordeleros!»

¡Y vos, Lutero, los Padres! ¡Y aun con San Agustín, «que ha errado una vez y no debe inspirar confianza, y el que ha echado abajo á los santos porque poseia la verdadera fe!» Mas, ¿cómo saldrá la verdadera Reforma del abismo en que se ha metido ella misma? Vedla envuelta en esa palabra de Dios que ella invoca, signo para Zwinglio, realidad para Lutero, tropo para los ojos de Ecolampadio, carne al sentir de Melanchthón, doble palabra, carnal y espiritual, sinecdoque y metáfora; vedla envuelta en ese *est*, existencia y apariencia. ¡Apelad al Verbo de Dios, que reúne dos sabidurias, dos símbolos en su unidad! ¡Haced descender el Espíritu-Santo para revelar á Zwinglio una interpretación que Lutero ha tratado de satánica, y á Lutero un sentido

que Zwinglio considera como un damnable antropomorfismo! Y si la Reforma abandona la Escritura, será para lanzarse en otro abismo, cual es el de los textos de San Agustín, San Fulgencio y otros Padres, sobre cuya letra se apoya cuando el signo divino la embaraza. Una letra muerta, falible, porque nos viene de los hombres; la misma Reforma nos lo ha dicho. Y aunque elevéis esta forma humana mas alta que la letra divina, tendremos que como una y otra tienen una múltiple significación, darán siempre un doble sentido, con el cual Lutero y Zwinglio, de una misma voz, deducen que Cristo es y no es al mismo tiempo corporalmente en el Sacramento. Que la Reforma haga lo que quiera; sin la autoridad jamás podrá formar su simbolo, ni podrá dar á luz mas que glosas; y cuando, infiel á su lógica, tenga necesidad de justificar su fe con las tradiciones humanas, se condenará, y rasgará la obra de aquel que, fundándola, holló la autoridad, como un blasfemo.

Mas tarde, Lutero, por estar al abrigo de los exégetas sacramentarios, fue obligado á bajar la cabeza ante la autoridad. ¡Magnífica retirada, que prueba bien toda la miseria de esta razon, que en tanto habia tenido anteriormente, y que en el dia del peligro no fue en sus manos mas que una espada enmohecida! Oid esa voz, avezada á los himnos de la razon, proclamar que no hay salud ni refugio posible fuera de la autoridad. — Despues de la institucion del cristianismo, la Iglesia no ha tenido jamás otra doctrina; y este testimonio constante y uniforme debe bastarnos y apartarnos de escuchar los espíritus del trastorno y del error. Es peligroso alzarse contra la voz, las creencias y las doctrinas de la santa Iglesia, que despues de diez y seis siglos no ha variado jamás de dogma. ¿Qué es dudar de esto, sino dejar de creer á la Iglesia, condenarla como embustera, á ella, al mismo Cristo, á los Apóstoles y los Profetas? ¿No está escrito, por ventura: «Ved: yo

seré con vosotros hasta la consumacion de los siglos» (San Mateo, 28, 10); y en San Pablo: «La casa de Dios es la Iglesia de Dios vivo, la columna y la base de la verdad?» Yo pienso que la disputa se eternaiza; convendria imponer silencio á los disidentes, y no soy yo solo el que os da este consejo, sino el Espiritu-Santo, por la boca del Apóstol: «Evitad al hereje despues de haberle advertido una ó dos veces; todo el que permanece en este estado, está pervertido, y habla como un hombre que se condena á sí mismo por su propia voluntad.»

La muerte vino á librar al reino de Lutero de dos enemigos poderosos, Zwinglio y Ecolampadio; Carlostadio les siguió mas tarde al sepulcro. Todos tres, en un cierto tiempo, fueron asidos por la mano de Dios. Los últimos años del anciano arcipreste de Wittemberg estuvieron mezclados de dolores y de agonías. Lanzado de la iglesia á instigaciones de Lutero, arrastraba de ciudad en ciudad sus inquietudes, viviendo del pan de la caridad, que él pagaba en doctrinas, que vigorizaban los espíritus, atormentado menos por sus remordimientos que por el ruido de los triunfos de su antiguo discípulo. Fatigado de errar como Cain, señalado con el dedo por las poblaciones, objeto de piedad para los ministros luteranos, de desden para los cortesanos y los doctos, se dirigió por fin á su enemigo, pidiendo le dejase respirar; y Lutero fue tan generoso, al decir de sus biógrafos, que le vendió el aire natal al precio de una retractacion. Esto da una idea bien clara de lo que le quedaba á Carlostadio, que no tenia mas que sus doctrinas por todo consuelo. Se resignó, y prometió no predicar, ni enseñar, y morir separado de todo ruido y de toda querrela teológica. A este precio le asignó los pequeños lugares de Kluberg y Bergnitz, desde los cuales podia escuchar las campanas de Wittemberg, descubriéndose sus torres. Le acompañó su mujer, y ambos vivieron algun tiempo, como la posteridad de Adán, con el sudor

de su frente, la una trabajando la tierra, el otro vendiendo por las tardes panecillos, ó bien llevando leña al mercado, con una ropa burda, una vieja espada metida en una vaina rota, y no respondiendo á otro nombre que al de mi vecino Andrés. Al fin Carlostadio olvidó su promesa, y volvió á su Biblia. Algunos pretenden que el tentador se introdujo en la cámara del teólogo bajo la forma de un oficial de Wittemberg, que venia á esponerle sus dudas fingidas sobre el capítulo vi de San Juan; que este espíritu de tinieblas habia sido enviado por Lutero mismo, que empezaba á dudar de la paciencia de Carlostadio; mas este artificio no está bastante probado para poder infamar la memoria del reformador, y, por lo demas, el arcediano llevaba en sí mismo un demonio que tarde ó temprano debia triunfar de sus votos de obediencia; el mismo que habia perdido al primer hombre: ¡el demonio del orgullo! Le escuchaba Carlostadio, se quita su casaca, se viste el traje negro de Orlamunt, que los años habian descolorido, y se lanza á predicar sobre la ardiente materia de la Cena. Creyó haber encontrado una exégesis del misterio eucarístico, la mas pobre vaciedad, por cierto, que ha pasado jamás por la imaginación del hombre: Carlostadio trasportó al cuerpo mismo del Salvador lo mismo que el Salvador habia dicho del pan. *Este es mi cuerpo*, decia él, y debe entenderse en la acepción de Jesus: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Ved este *τοῦτο* griego; esto es, el *hoc est* latino que hizo tanto ruido, y que nadie como Lutero supo ponerle en la cuenta de Satanás; porque ciertamente Satanás hubiese encontrado mejor interpretación: era un calumniador. Este malhadado artículo causó la cólera de Lutero, y provocó el destierro del doctor.

Habia en Wittemberg dos teólogos, que por haberse puesto en lucha con Lutero fueron obligados á dejar la Sajonia: eran Krautwald y Schwenkfeld, que habian osado reirse de la impugnación del monge. Carlostadio les escribió una

carta, en que se quejaba del modo mas amargo de la intolerancia del eclesiástico sajón, y en que hacia una pintura de su pobreza. «Yo me veré obligado á vender para vivir mi herencia, mi ropa, mis utensilios, y todo mi menaje, porque no hay quien se compadezca de mí, y creo que me verán morir de hambre á mí y á mis hijos.»

Al mismo tiempo refirió, en un largo *factum*, al canceller Bruck todo lo que le hacia pasar Lutero, quien le habia privado hasta del uso de la palabra. Lutero tuvo conocimiento de estas quejas, y resolvió sofocarlas. El arcediano tuvo que abandonar la Sajonia, y buscar en la Suiza la hospitalidad. Bale le abrió sus puertas, que habia cerrado á Erasmo.

Ved el fin de este drama miserable que habia representado el arcediano, referido por autores reformados, y, entre otros, por Loescher.

Hallándose predicando en la catedral en 1541, vió entrar un hombre negro, que se aproximó al lado del cónsul; cuando bajó del púlpito, le preguntó al magistrado el nombre del extranjero, quien le contestó que á nadie habia visto; marcha Carlostadio á su casa, y la criada le dice que en su ausencia un hombre negro habia entrado y cogido al niño, subiéndole al aire, y dejándole caer, sin que el niño se hubiese hecho daño; que al retirarse habia dicho al niño: «Dile á tu padre que yo vendré dentro de tres dias.» Carlostadio se metió en la cama, y á los tres dias despues entregó su espíritu á Dios, ahogado por el demonio, como lo aseguran hasta los pastores de Bale.

Durante todas estas disputas, dos grandes acontecimientos habian tenido lugar: Francisco I, prisionero en Pavía, fue puesto en libertad; la paz fue firmada entre el Emperador y el Rey de Francia; Carlos V habia prometido repasar los Alpes tan luego como pudiese cumplir su palabra; el Emperador convocó los Estados del imperio para Augsburgo.